

VE/1344-4

~~Ca 16/9-20~~

MIGUEL DE UNAMUNO

CUADERNO DE LA
MAGDALENA

RAIOS

1934

SANTANDER

VE/1344-4



VE/1344-4

~~V
Ca 1649-20~~



MIGUEL DE UNAMUNO
CUADERNO DE LA MAGDALENA



VE/1344-4

MIGUEL DE UNAMUNO

CUADERNO DE LA
MAGDALENA

1934

SANTANDER



ALDUS, S. A. - SANTANDER

Algunos amigos de don Miguel de Unamuno solicitaron de él el permiso para reunir y publicar en un cuaderno las poesías y prosa que compuso durante la estancia que, invitado por la Universidad Internacional de Santander, hizo en la Residencia de la Magdalena en el mes de agosto de 1934, y se complacen en ofrecérselo, como sencillo recuerdo de aquellos días, en su año jubilar.

EN LA MAGDALENA DE SANTANDER

Desde aquí en su isla de Wight soñaba
y en su niñez, como la mar serena
el canto de las olas le brizaba
—anglicana sirena—
inocencias de paz en patria tierra
de principesco hogar, entre las brumas
de la Mancha, al abrigo de la guerra.
A sus pies las espumas
decían de la gloria y del linaje
y de la sangre —¡desangrado sino!—
y de la herencia triste vasallaje
al decreto divino...
Él jugaba pasado el primer fuego
de capricho fugaz, hijo de engaño,
jugaba al borde del abismo, juego
de ánimo a todo extraño.
Y un pueblo en vendabal te barrió un día
espumas, sueños, brumas, fatal Ena
los cuentos que contó a tu monarquía
¡anglicana sirena!...

6 VIII

Horas de espera, vacías
de cuanto no es esperanza;
son horas que hacen los días
y los años de bonanza.

El cielo siempre risueño
eterno, divino engaño,
porvenir, hijo del sueño,
todo lo otro le es extraño...

Soñar, soñar que se sueña
y a la esperanza esperar
y en el vacío esta seña:
«empezar es acabar».

9 VIII

Está aquí
más dentro de mí que yo mismo:
está aquí, sí;
en el divino abismo
en que huidiza eternidad se espeja
y en su inmortal sosiego
se sosiega mi queja.
Mas cómo pude andar tan ciego
que no vi que era su vista
la que hacía mi conquista
día a día del mundo que pasaba?
Ella vivía al día y me esperaba,
y esperándome sigue en otra esfera;
la muerte es otra espera.
Aquel sosiego henchido de resignación;
sus ojos de silencio; aquel resón
del silencio de Dios a mi pregunta
mientras Él como a yunta
con mano todopoderosa
nos hizo arar la vida,
esta vida tan preciosa

en que creí no creer, pues me bastaba
su fe, la de ella, su fe henchida
de un santo no saber, de que sacaba
su simple y puro ver.
Que mientras me miraba
vi en sus ojos el fondo de mi ser.
En su regazo
de madre virginal
recojí con mi abrazo,
las aguas del divino manantial
que pues no tuvo origen
no tendrá fin; aguas que rigen
nuestro santo contento,
la entrañada costumbre
que guarda eternidad en el momento.
Ay sus ojos, su lumbre
de recatada estrella
que arraiga en lo infinito del amor
y en que sentí la huella
de los pies del Señor.
Está aquí, está aquí, siempre conmigo
de todo aparentar al fin desnuda
está aquí, al abrigo,
del sino y de la duda.

6 VIII

Muero cada día.

I Cor. XV 31.

Pablo, me muero cada día
y cada día resucito
mas ay de la pobre alma mía
que va a perderse en lo infinito.

Y sin alma, ¿cómo sufrirnos?
¿Cómo vivir dentro de historia?
Dialéctica, Pablo, a servirnos
no alcanza ideal de la gloria.

En ti, el Cristo y en mí tú vives;
¿viviremos en Él después?
es que todavía recibes,
alma desnuda, nuestras fes.

8 VIII

Respira el alba reciente,
vuelve mi sueño a despertar
por encima del azul naciente
el que siempre me está a esperar.

¿Es el que fué? Sí, es el mismo;
es mi día, mi eterno día;
la eternidad es un abismo
que ensambla pena y alegría.

Lo que vivo viví, de gana
soy el que fuí, seré el que soy...
¡Dios mío, ni ayer ni mañana;
no hay más que siempre, siempre hoy!

Todo en torno da olor de vida *(II Cor. II 16)*
y tono de perennidad;
despiértese el alma adormida,
todo es mentira y es verdad.

10 VIII

Aquí quedáis, mis momentos;
con el ritmo aquí os fijé
o es que en vuestros fundamentos
también yo me quedaré?

Dios mío, este yo ¡ay de mí!
se me está yendo en cantares
pero mi mundo es así;
los seres se hacen estares.

10 VIII

Agavillar cada día
ilusiones con el metro
y hacer así de éste el cetro
del reino de la ufanía.

Bailar nuestro sueño al borde
del abismo en la esperanza
de que ha de ser contradanza
con la del Señor acorde.

13 VIII

PALABRAS DE UN COPLERO COTIDIANO

«Quien se esté hurga que te hurga
la pobre imaginación
saca, sí, como de purga,
murga por cada canción.
Mas si es el cochino oficio,
fijese usted bien, señor,
es cuidar del orificio
sacrificio al por menor.»

6 VIII

Si se abre por sí la espita
dejar que corra la vena
y mucho ojo con los cortes,
que el caudal se nos irrita
si la fuente se rellena
y corroe los resortes.

6 VIII

Ese que imitando a todos
se mantiene original
es que alumbra por recodos
aguas de su manantial.

6 VIII

Ella pasó de uno en otro...
¡no! fueron ellos pasando
por ella, a irlos herrando
potros en un solo potro.

11 VIII

No te canses, mis bosquejos
acabarlos, ¿para qué?
guárdate, pues, tus consejos;
mejor que tú me los sé.

13 VIII

Juan, I, 1.

El Verbo fué en el principio
que la hermosura fabrica;
todo en Él se justifica
hasta el ripio.

16 VIII

Dios el mundo improvisó
y así le ha salido ello...
la ciencia luego su sello
le puso y san se acabó.

17 VIII

SOBRE LA PLAYA DEL SARDINERO

Mirando un indicador de vientos y del zodiaco.

Respira el solano aporte
de halagos claros de oriente
y nos suelta, de la frente
nudos del cierzo del norte;

y al que agosta flores tiernas,
ábrego recio africano,
y al regañón del océano
con látigo de galernas.

13 VIII

Dale suelta a la palabra;
no la oprimas
en honduras, que ella labra
en las cimas
ceñida sólo de cielo
las ideas
del eterno consuelo
espejo de libertad,
oración;
virtud es virtuosidad,
corazón.

14 VIII

En las cuentas del rosario
siembra granos de pasión;
sus dedos tejen sudario,
sus labios resurrección.

Padrenuestro, y al fin gloria;
le reza a la muerte ¡amén!
y no oye más de la historia
que vagidos de Belén.

Como las cuentas los días
le pasan, sola verdad;
penas hunde en alegrías
y vuelve a la eternidad.

15 VIII

Hay que recojer la vida,
la vida que se nos va
cual se nos vino, escondida
del más allí al más acá.

Y se va por donde vino,
embozada en el misterio
va abriéndose su camino,
mira siempre al cementerio.

Hay que recojer la vida
que otra vez ya no vendrá
como se nos va escondida
del más aquí al más allá.

17 VIII

LOGOS

El Verbo fué en el comienzo
no la Idea, la visión;
«¡Hágase!» dijo y al lienzo
llenó de formas el son.

Del dicho al hecho no hay trecho;
hace el que dice el avío;
se hace la corriente lecho
y al dicho le dicen río.

18 VIII

AL PARTIR

Adiós, adiós, Magdalena
junto a la mar, siempre niña
que aunque a las veces nos riña
riña es de madre, serena.

Vieja mar, siempre reciente,
madre, mujer, hija, hermana,
tu día es siempre mañana,
el sol se mira en tu frente.

Tus olas cantan a coro
esperanzosas querellas,
nos dicen que en las estrellas
nos guarda Dios su tesoro.
Adiós, días de sosiego,
hay que volver a la brega
que juega mal el que juega
nada más que un solo juego.

18 VIII

COMENTARIO DESDE LA MAGDALENA DE SANTANDER

Contemplando desde aquí, desde esta atalaya del peñón costero de la Magdalena de Santander, antaño pedestal de un modesto semáforo, este mar de Cantabria, parte del golfo de Gascuña—Wasconia—o de Vizcaya, junto al que corrieron mi niñez y mi mocedad, aquí, se me vinieron a las mientes aquellos inolvidables versos de lord Byron cuando en su «Childe Harold», y en el más íntimo y entrañado canto que se haya dado a la mar, le decía a ésta—en inglés, ¡claro!, que en prosa castellana vierto—: «los siglos han pasado sin dejar una arruga sobre tu frente azul; despliegas tus olas con la misma serenidad que en la primera aurora» ¿Los recordaría aquí nuestra pobre Ena?

En estas costas arribó a pisar por primera vez tierra española Carlos de Gante, el primer Habsburgo de España, el primer Austria propiamente español, el hijo de la Loca de Castilla. En esta tierra, y fué luego a enterrarse en Yuste. Desde donde contemplaba la llanada extremeña, un mar también empedernido, de rocas por olas. La tierra rocosa de

que salieron Cortés y Pizarro. ¿Qué le dirían las olas de este golfo oceánico cuando venía de su Flandes —y con su cortejo de flamencos— a esta rocosa España?

También ella, Ena, soñaría desde este mirador maravilloso en su vaga e inocente niñez, en la isla de Wight, en el sosiego entre las brumas y las espumas del canal. Las olas, éstas que hacen cabrillas, vendrían a sus pies— a los pies de sus miradas— como sirenas anglicanas, susurrándole en su lengua maternal— el inglés es un susurro marino— viejos cuentos bíblicos de su niñez solitaria. La mar le desplegaría sus olas con la misma serenidad que en la primera aurora y bismándole con recuerdos de las serenas auroras de su niñez— con sus brumas y sus espumas— le calmaría dolores de madre y de mujer. La mar sin una arruga sobre su frente azul, la mar serena. No siempre.

No siempre, no; que tiene sus galernas. Aquí ha quedado el recuerdo de una, el sábado de gloria de 1876, cuando arrugó y más que arrugó la mar su ceño, se encrespó, se enfureció, y arrancó las vidas a pobres trabajadores de la mar, pescadores de altura. Queda vivo el recuerdo, y queda en un hermoso canto de Marcelino Menéndez y Pelayo, que fué un poeta. Hasta en la erudición. La mar tiene sus galernas y pierde la serenidad. Como las tiene el pueblo. Y esto hubo de sentirlo Ena— luego Victoria— cuando un día oyó el rumor del oleaje del

pueblo en revuelta, que no revolución. Ya antes, apenas al pisar tierra de España, el día mismo en que iba a compartir el trono, oyó el estampido de la barbarie y llegó a salpicarle la sangre. Y aquel estampido salvaje debió reteñirle en adelante. Con el susurro de estas olas, de estas sirenas anglicanas, que venían a morir al pie de sus miradas, debía recibir el resón agorero de aquella bomba de la calle Mayor de Madrid. Era para vivir en espíritu, ausente de toda patria terrenal.

Sí, la mar tiene sus galernas; pero su fondo, sus honduras, siempre inmutables. Las galernas, por terribles que sean, son pasajeras, y son superficiales. Le fruncen el ceño, pero no le dejan arrugas en la frente. Y es que la mar es siempre niña. Con la maravillosa antigüedad del alma de la niñez. Y así el pueblo. Sus revueltas—a que los pedantes de la política llaman revoluciones, hasta cuando no lo son—le dejan intacto el seno de sus honduras. Este seno del pueblo, su entrañado regazo, hay un arado—arado de tradición—que se lo ara año a año y aun día a día, y hora a hora—«ahora y en la hora de nuestra muerte»—y lo demás, esas revueltas, es como arar en la mar.

Esos pobres políticos profesionales, de partido—de izquierda o de derecha—, esos que creen que el pueblo es arcilla en que cabe ejercer de alfarero para dar gusto a los dedos y recrearse en el placer de crear—ánforas o botijos—, esos pobres políticos cuyo

hipo es tumbar al que ocupa el puesto del mando—mande o no—, provocar ese ridículo juego de la crisis, esos hablan algunas veces de la emoción popular. ¿Emoción popular? Ni antaño monárquica, ni ogaño republicana. Al seno del pueblo no llegan esos oleajes, ni sus espumas. Los siglos han pasado sin dejar una arruga en su frente que suda trabajo cotidiano. Tiene, sí, el pueblo sus oleajes y hasta sus galernas, pero son superficiales y pasajeras.

Cada vez que uno oye vaticinios o anuncios de conjuras, de conspiraciones, de revueltas, de revolución acaso, ya de renovación monárquica, ya de rescate—ese pintoresco rescate—republicano, no puede uno por menos de sonreírse—o de reírse tal vez—, sobre todo si ha sabido soler contemplar al pueblo como se contempla al campo y a la mar. Y se dice uno: «¡Bah! ¡Cosas de oficinistas!» ¿Que tal papel está a diario voceando—voz de papel, en que un cucurucho de éste hace de cocina—revoluciones? ¿O anunciando sus invenciones de golpes de Estado? Eso es peor que histeria. Porque es histeria simulada. Alguna vez, ataque epiléptico de actor en tablado.

Cuando desde aquí, desde esta atalaya de la Magdalena de Santander, la pobre Ena—luego Victoria—, oyendo a las sirenas anglicanas se distraía de sus pesares regios, alguna vez le llegaría el retintín de los susurros palaciegos, de camarillas, que decían de crisis y de favoritismos y de enredos. Pero eso no era ni el estallido de la bomba de boda ni el griterío

de la asonada de la despedida revolucionaria. Y hoy los mismos susurros, las mismas camarillas. Sólo ha cambiado el nombre. ¿Renovación? ¿Rescate? Ni lo uno ni lo otro. ¿El pueblo? Es sordo para todos los afiliados a los partidos todos. Ni su tradición es la de los sedicentes tradicionalistas ni su revolución la de los que se dicen—por decirse algo—revolucionarios.

Escribo estas líneas aquí, en el que fué palacio real de la Magdalena y hoy es la sede de la Universidad de Verano y las escribo frente a la mar en cuya frente no han dejado arrugas los siglos y trayendo en mi alma española el alma de mi pueblo sordo a programas, sean de renovación o de rescate.

INDICE

	<u>Página</u>
En la Magdalena de Santander	7
Horas de espera, vacías.	8
Está aquí—más dentro de mí que yo mismo.	9
Pablo, me muero cada día.	11
Respira el alba reciente.	12
Aquí quedáis, mis momentos.	13
Agavillar cada día	14
Palabras de un coplero cotidiano.	15
Si se abre por sí la espita.	16
Ese que imitando a todos.	16
Ella pasó de uno en otro...	17
No te canses, mis bosquejos.	17
El Verbo fué en el principio.	18
Dios el mundo improvisó	18
Sobre la playa del Sardinero.	19
Dale suelta a la palabra.	20
En las cuentas del rosario.	21
Hay que recojer la vida	22
Logos	23
Al partir.	24
Comentario desde la Magdalena de Santander	25

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA



1105036735